

Después de la formidable producción de pintura mural en México durante unas cuatro décadas, en las que se encuentran obras de la más alta categoría, de Orozco, Rivera y Siqueiros, y tras de la obra de Tamayo, apareció Pedro Coronel en el horizonte de la pintura mexicana como un artista extraordinario.

Proveniente de Zacatecas, no era alguien sin antecedentes. Había estudiado pintura y escultura en la famosa escuela "La Esmeralda"; había vivido en París y frecuentado los talleres del pintor Breuer y del escultor Brancusi; también había viajado por Europa y el norte de África.

En París hizo amistad con el poeta Octavio Paz, quien fue el primero en llamar la atención sobre las grandes cualidades de Coronel, cuando el artista abrió su primera exposición personal en la Ciudad de México, en 1954, y ciertamente Paz no se equivocó.

Pero fue en su segunda exposición, también en la Ciudad de México, en 1959, cuando se reveló su poderosa personalidad en una serie de pinturas y esculturas. Tituló dicha exposición "Los habitantes" —refiriéndose a los hombres en este nuestro mundo—; y qué siniestros se veían en sus formas animales, brutos, símbolos del sentido humano de bestialidad. Sin embargo la fuerza de su expresionismo abstracto y su original colorido disfrazaban, en cierto modo, el contenido dramático, y hacían que sus pinturas fueran emocionantes y gozosas. Sus esculturas eran de bellas formas simplificadas; algunas sugerían cabezas de animales, otras eran francamente abstractas. Fue en esta exposición que se me revelaron las cualidades extraordinarias y la originalidad de Pedro Coronel como artista; fue una inolvidable experiencia personal, y desde entonces no ha dejado de producir obras del más alto nivel.

Una vez más tuvimos que admirar sus obras en la importante exposición del Palacio de Bellas Artes en 1960, 54 pinturas y 8 esculturas. Fue una brillante exhibición en la que estaban manifestos su intenso colorido y sus temas originales. Sin duda había, a través de toda la obra, un sentido mexicano ancestral, sin que fuera posible determinar exactamente dónde se encontraba. Hacía mucho tiempo que no veíamos una exposición semejante, después de las de Orozco, Rivera, y alguna más reciente de Tamayo.

El abstraccionismo era cada vez más importante en las obras de Coronel, tratado con formas simplificadas y composiciones en las que se podían observar ricas y gruesas texturas, así como otras en planos lisos. Estas dos tendencias se habían de desarrollar en el futuro a lo largo de la producción del artista y expresan, a mi parecer, dos aspectos diferentes de su temperamento: la "bravura" apasionada del norteño y el lado tierno y suave de su personalidad. El demonio y el ángel en lucha dentro del artista; las fuerzas dionisiacas y apolíneas, en donde debe encontrarse el drama de su expresión. En cuanto a la temática insistía en una especie de escepticismo por todo aquello que no fuese la existencia como es: vida y muerte, con lo que pueda ofrecer de satisfacción sensual, de

donde nace su erotismo, que con frecuencia está presente en sus pinturas y dibujos.

Con esa exposición de 1960 quedó en claro que Pedro Coronel era uno de los artistas importantes de nuestro tiempo, considerado en un panorama internacional.

Se le habían otorgado premios; los críticos habían reconocido su valor; se le había lanzado al mundo del arte contemporáneo. Su gran exposición retrospectiva en Tokio, Japón, dos años después —52 pinturas— tuvo éxito extraordinario. Estuvo en ese país por un tiempo y el oriente fue para él una experiencia profunda.

De vuelta en París, en donde entonces vivió dos años, abrió una exposición en la galería "Le point cardinal", con obras recientes —33 pinturas y 3 esculturas—. Coronel es un trabajador constante, y continuamente prueba medios de expresión intocados. A este periodo corresponden algunas de sus pinturas importantes. La



Llanto de la violencia



crítica parisiense no fue pareja; algunos críticos exaltaron sus valores, pero uno de ellos no fue tan comprensivo.

Exposiciones de sus obras se sucedieron una tras otra, en la Ciudad de México y en otros sitios, siempre trayendo un sentido de frescura y autenticidad, de apelación emotiva, en medio de tantas exhibiciones cuya característica es el aburrimiento; las pinturas de Coronel pueden ser lo que se quiera, todo, menos aburridas.

Dos años más en París, después de una estancia en México, enriquecieron al artista con nuevas ideas. Quizá su amistad con la pintora Sonia Delaunay tuvo que ver en ello. Desde París envió una serie de treinta y seis pinturas, exhibidas en la Galería de Arte Mexicano, en 1968. Fue una sorprendente exposición, por las novedades expresivas. La personalidad de Coronel estaba en las obras, pero un tanto cambiada. Ahora, el color era menos violento, así como las texturas, que eran más suaves, y nuevas e increíbles armonías aparecieron, deliciosas en su simplicidad o en sus complicaciones.

Desde hacía tiempo Pedro Coronel había creado nuevas visiones poéticas con símbolos solares; el Sol y otros astros en atmósferas aéreas habían venido a constituir en su obra un mundo poético por su propio derecho, lejos de nuestras tareas cotidianas, el cual, a mi parecer, era signo de insatisfacción y de añoranza por otro mundo más allá. Es el artista que, insistiendo en el tema, ha hecho del Sol y de la Luna, símbolos de vida, de una nueva vida, distinta de la que vivimos, de algo así como una esperanza. Y aquí se encuentra una vez más el drama de parte de su pintura, que es tanto como decir de su propio ser... y de su romanticismo.

No hay duda de que hay un sentido decorativo en el arte de Coronel, mas, pregunto ¿qué hay de malo en el decorativismo? Si sólo fuera eso, sería superfluo, pero como no es así, debemos tomarlo como un componente que es parte del encanto de su expresión.

Otro aspecto en las obras de Coronel es su monumentalidad; tal parece que el artista se siente más libre pintando telas de grandes dimensiones, que son más apropiadas para sus concepciones cósmicas, y que son como pinturas murales en busca de un sitio donde descansar.

Al último periodo de París pertenece una serie de dibujos eróticos, tan finos como los de Picasso, que puede titularse "La belle et la bête". Por supuesto que el erotismo no es obvio en ellos, si bien allí están las formas naturales. En pinturas de estructura geométrica o abstracta, el erotismo está aún más oculto, pero sin embargo presente. Tanto las formas naturalistas como las abstractas son, en manos del artista, dóciles medios expresivos, pues las maneja con habilidad y sentido poético, por lo que producen emoción estética.

Dos años de residencia en Roma fueron de gran actividad

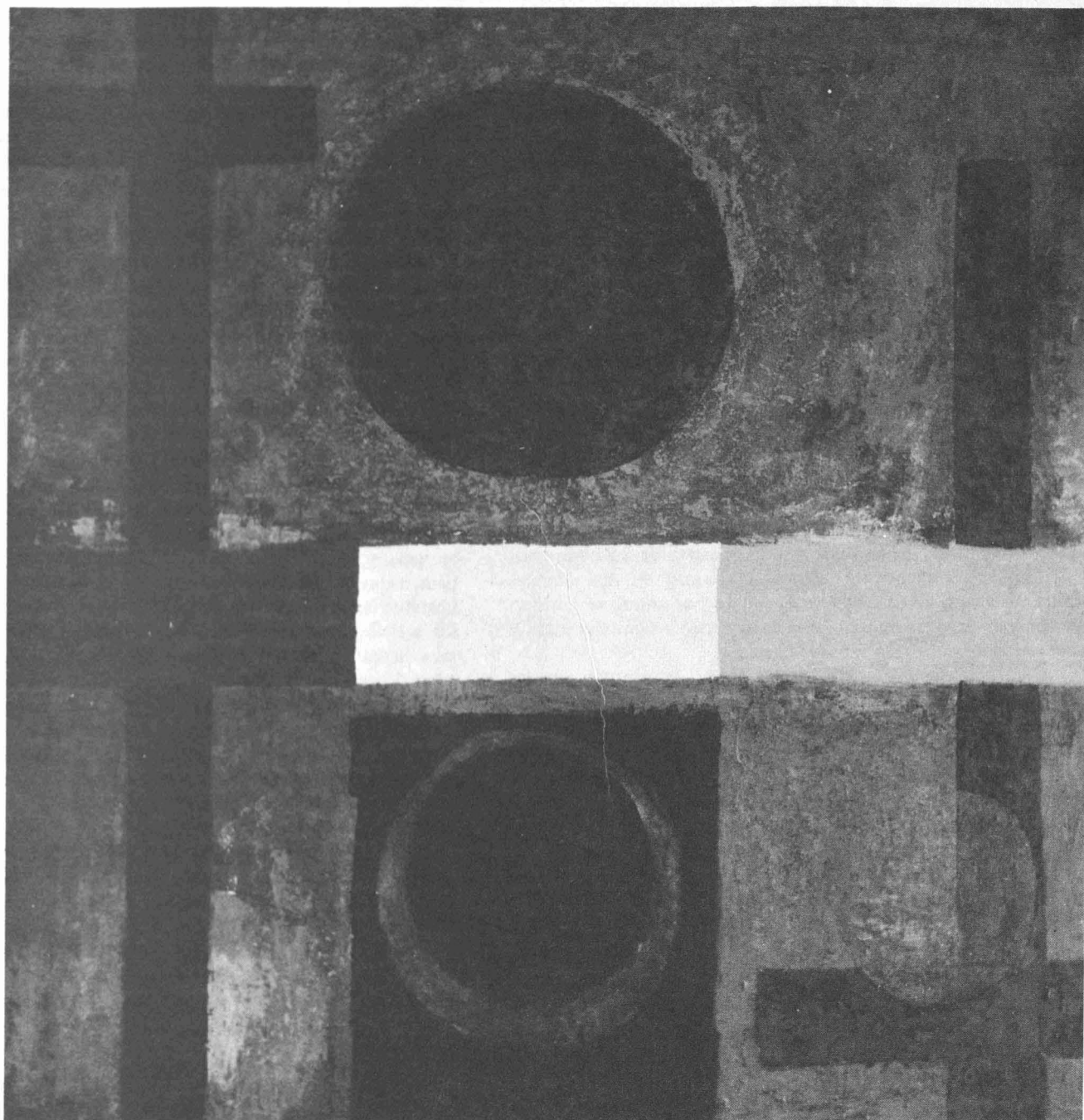
creadora para Coronel, y envió a México su nueva producción, que era vasta. La exhibición fue titulada por el artista "Año Uno Luna", como para recordar el memorable acontecimiento de la llegada de los astronautas norteamericanos a la Luna. Una vez más fuimos sorprendidos por esta serie de grandes telas. Sabíamos que es un colorista original, así no hubo sorpresa en este sentido, pero ahora habían desaparecido las ricas texturas y no se veían sino planos lisos que construían composiciones con formas ideales, redondas, ovales, rectilíneas, fragmentadas, agresivas o en calma, formas claras, recortadas, que se acercaban a lo que se conoce por "hard edge".

Tales abstracciones me hicieron recordar un texto de Orozco, publicado cuando se inauguró su mural "Dive bomber", en el Museo de Arte Moderno en Nueva York (1945). Entonces escribó:

El público quiere explicaciones. . . De improviso, Madame Butterfly y su amigo Rigoletto desaparecen de la escena del cuadro. También se han ido las tristes condiciones sociales. Para asombro del público se levanta el telón y no hay nada en el escenario sino unas cuantas líneas y cubos. Lo Abstracto. El público protesta y exige explicaciones, y explicaciones se dan libre y generosamente, Rigoletto y las condiciones sociales están todavía allí, pero vestidos con cubos y conos en una fiesta loca con La Bohème, Lucia de Lammermour y Madame Butterfly. ¿Significaciones? ¿Historietas? Bueno, inventémoslas después. . .

Tal era el caso con las pinturas romanas de Coronel, quien dejó fuera toda superfluidad para quedarse con lo esencial del arte de la pintura: línea y color. Suprimió los títulos literarios de los cuadros, que con frecuencia usa, y se atuvo a la simplicidad significativa, pitagórica, de los números. "Año Uno Luna" fue otra brillante exposición de las obras del artista y diferente de las anteriores. Inútil es decir que las formas sugerían las de los astros, con estructuras geométricas, enriquecidas por el color, que hacía parecer a los cuadros como joyas esmaltadas.

La última exposición en el Marion Koogler McNay Art Institute, de San Antonio, Texas, inaugurada el último 2 de abril, contenía obras de años pasados y otras recientes, grandes y medianas. El artista ha insistido en su mundo celestial de astros coloridos y, así, tituló esta exposición "Poética Lunar". Las obras a la vista eran eso: poesía, creaciones de un mundo celestial imaginado, con inspiración en recuerdos ideales de la Luna. Se trataba, pues, de pintura abstracta de cierto tipo: formas abstraídas de objetos naturales imaginados, en atmósferas con colores también producto de la imaginación.



Después de todo lo dicho, tratando de seguir un orden cronológico, espero que se hayan percibido algunos de los valores artísticos y estéticos de la obra de Coronel, así como su capacidad creadora y otros aspectos de su personalidad, que no escapan al ojo experto.

En la obra de Coronel encontramos una auténtica lucha del artista consigo mismo para expresar su sentido de la existencia humana y su visión del mundo. En otra parte he dicho que el arte es —para mí— un bello instrumento de revelaciones, porque nos descubre el mundo poético del artista y, a la postre, el nuestro propio. A mi parecer la obra de Pedro Coronel es gran arte y, por lo tanto reveladora en muchos sentidos.

Desde su primer periodo creador Coronel expresó maravillosamente un dramático sentido de la vida; un tanto disfrazado por su espléndido colorido y por cierto decorativismo, como he dicho más arriba. Y a propósito recordamos lo que Mallarmé dijo, que el artista debe tender una nube de humo entre su obra y el espectador, para que no sea como la mercancía del vendedor en la calle, que la ve el primero que pasa. También Coronel nos recuerda a Gauguin, cuyas obras fueron tomadas en un principio como decorativas, hasta que los críticos comprendieron la novedad y el drama que expresaban.

Como los clásicos, Coronel reduce los temas a un mínimo. Símbolos concretos pueden encontrarse en parte de su obra, pero cuando su arte viene a ser abstracto —como en sus grandes concepciones cósmicas—, entonces el cuadro por entero se convierte en símbolo de otro mundo, y el color viene a significar ideas y estados anímicos.

El hedonismo contemporáneo quiere ver la pintura por las sensaciones o el placer que puede provocar, algo así como "el arte por el arte", pero este es un punto de vista limitado, porque el verdadero arte, como creación humana que es, expresa de manera estética todo el ser del artista. Por medio de su obra Coronel ha expresado en bellas formas su propio sentido de la existencia, como drama y también con acentos líricos, ya que es un gran artista.

Hoy día, como en años pasados, la discusión sobre si un artista mexicano es "muy mexicano", o "menos mexicano", es obsoleta, porque no será mejor ni peor como artista si se le considera de esa manera. Lo que importa es el valor auténtico de su obra, y nada más.

En el panorama presente de la pintura mexicana tenemos que situar a Pedro Coronel al lado de Rufino Tamayo, porque —entre otras razones— ambos son coloristas maravillosos y originales en ello; pero sus formas de expresión son diferentes, como lo son sus temperamentos y personalidades. Coinciden en un formalismo ideal, imaginativo, pero sólo en concepto. Tamayo es un maestro en el arte de sugerir esto y lo otro, y es uno de los coloristas

excepcionales de todos los tiempos. Situar la obra de Coronel al lado de la de Tamayo no es algo en contra de éste, ni en favor del otro. Ambos son grandes artistas, pero ¡qué distintos son! Lo que en Tamayo es un sentido de medida, en Coronel es fuerza apasionada. Ambos tienen suficiente imaginación para transformar nuestro mundo y crear sus lenguajes personales. Nadie puede negar la originalidad de Tamayo, ni tampoco la de Coronel, no obstante que éste aparezca algunos años después del otro. Es natural que Coronel absorba influencias de artistas que le precedieron, entre otras la de Tamayo, de manera limitada. México es afortunado en tener hoy día dos espléndidos coloristas. Esto es tan claro que negarlo sería como querer cubrir el sol con un dedo... y el sol de Coronel quema.

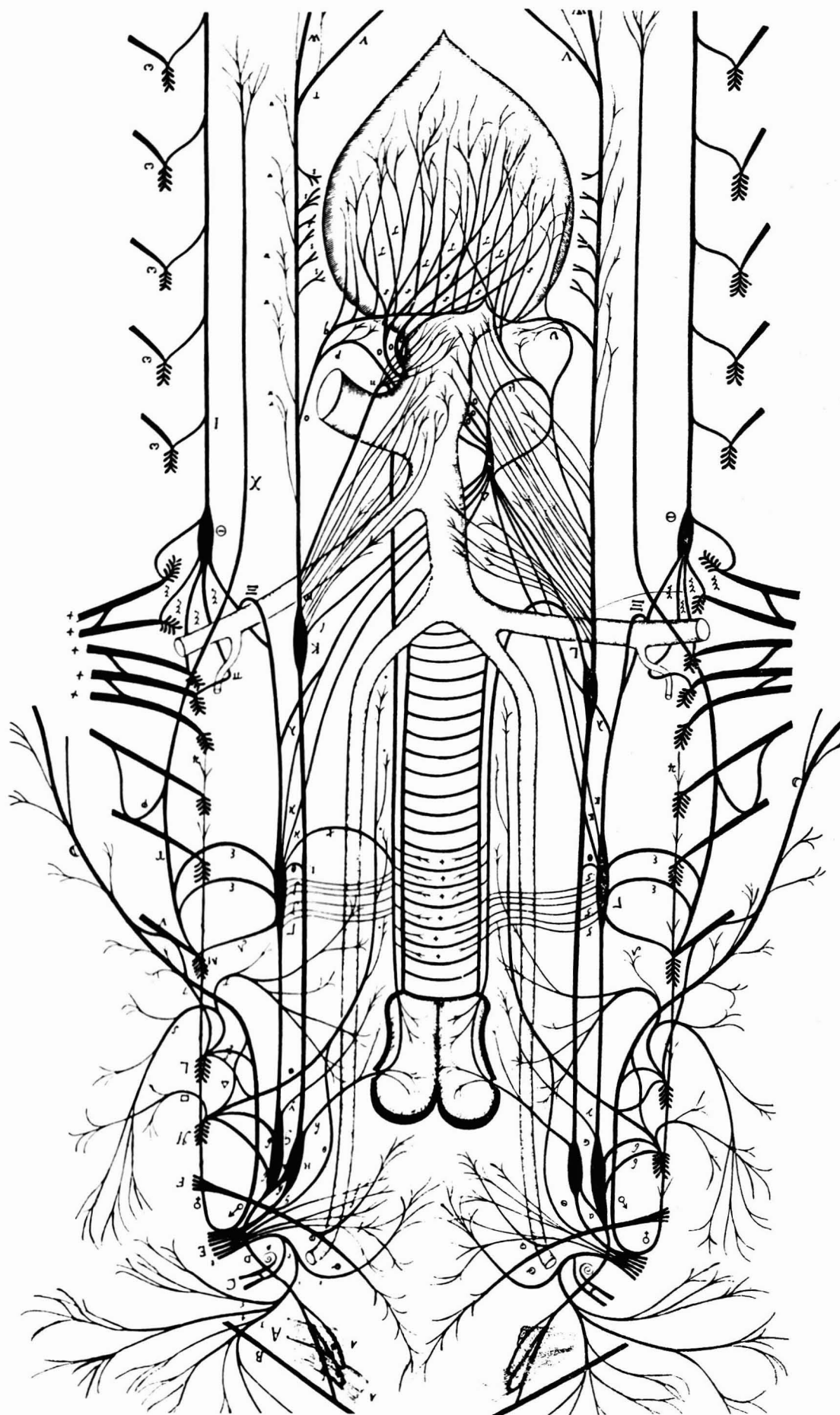
La obra de Coronel puede situarse también al lado de las de otros pintores extranjeros, tales como Wilfredo Lam y Joan Miró, porque sus modos de expresión son también ideales e imaginativos. En el artista cubano el color es limitado; coincide más Coronel con el color del artista catalán, pero todos son diferentes entre uno y otro y, allá lejos, está presente la sombra de Picasso, como en mucha de la pintura posterior a él.

Con lo dicho espero haber sugerido la línea dentro de la cual Coronel encuentra su sitio en el arte de nuestro tiempo; la línea que comienza con el cubismo y se desarrolla creando lenguajes que se han impuesto por sus valores. Es, en general, un lenguaje apto para expresar ideas, sentimientos y mundos imaginarios, que no obstante tienen base en la realidad, según la intuye cada uno de los artistas. ¿Le llamaremos hoy expresionismo abstracto? podemos llamarle como queramos, pero insisto en que se trata de un lenguaje con múltiples posibilidades expresivas.

Existen y existirán diferentes interpretaciones de la obra de Coronel; todas son tentativas de aproximarse a ella, y sobre todo, al espíritu del artista. Una obra de arte auténtica siempre provoca diferentes ideas, sentimientos y posibilidades imaginativas, porque esa es precisamente su vitalidad.

Bien sé que hoy día interesarse en la vida espiritual de un artista es algo como pertenecer al pasado, mas para mí no es cuestión de estar "a la moda", o estar fuera de ella. No puedo sino propugnar por valores que son humanos y espirituales, y la espina dorsal de la cultura misma. Estas son algunas de las razones de mi entusiasmo por la obra de Coronel, de su sentido poético según queda expresado en ella. El crea o recrea la realidad vital, humana y por tal transfiguración, su arte es emocionante, original, magnífico y gozable.

En nuestro mundo actual, tan lleno de fuerzas negativas y destructivas, el arte es una esperanza de que no todos los valores espirituales están perdidos, y el arte es también una posibilidad —entre otras pocas— de reconocer la grandeza del hombre.



LA ENSEÑANZA MEDIA

